

de llegar al hotel de Lisboa, donde se instalará después de dieciséis años de ausencia, «abrió la ventana —dice el texto—, miró hacia fuera. Ya no llovía. El aire fresco, húmedo de viento que pasó sobre el río, entra en el cuarto, enmienda su atmósfera cerrada, como de ropa por lavar en un cajón olvidada, un hotel no es una casa, conviene recordarlo de nuevo, le van quedando olores de éste y de aquél un sudor insomne, una noche de amor, un abrigo mojado, el polvo de los zapatos cepillados en la hora de la marcha, y luego vienen las camareras a hacer las camas, a barrer, queda también su propio halo de mujeres, nada de esto se puede evitar, son las señales de nuestra humanidad».

Minucioso también es el personaje central; tan pasivo, tan ocupado de sí, tan narcisista, que no está dispuesto a luchar, ni a dar la cara por nada ni por nadie: «quién estará pensando ahora lo que yo pienso, —piensa Ricardo Reis mientras relee una de sus recientes poesías—, o pienso que estoy pensando en el lugar en que soy de pensar, quién estará sintiendo lo que siento, o siento que estoy sintiendo en el lugar en que siento, quién se sirve de mí para pensar y sentir, y, de tantos innumerables que en mí viven, yo soy cuál, quién. Quain, qué pensamientos y sensaciones serán los que no comparto por pertenecerme a mí sólo, quién soy yo que los otros no sean, o hayan sido o sean alguna vez».

A Reis le pesa la soledad, a la que da vueltas y vueltas sin hacer nada por vencerla. También le puede el aburrimiento, del que hace poco o nada por salir: «La soledad no es vivir solo, —escribe Saramago—, la soledad es no ser capaz de hacer compañía a alguien o a algo que está en nosotros, la soledad no es un árbol en medio de una llanura donde sólo está él, es la distancia entre la savia profunda y la corteza, entre la hoja y la raíz.

En cuanto al grado de aburrimiento y apatía de su personaje, el autor nos lo va recordando a lo largo de todo el libro, en descripciones como la siguiente: «Tenía ante sí un día largo, una larga semana, todo lo que quería era quedarse tumbado, en la tibieza de las mantas, dejando crecer la barba, volverse musgo, hasta que alguien viniera a llamar a su puerta».

El fantasma de Pessoa

En la novela de Saramago, Ricardo Reis está viviendo los últimos meses de su vida, etapa triste y abúlica que solamente se ve algo coloreada por la esporádica compañía en la cama de una joven e infeliz camarera del hotel donde reside y, sobre todo, por las visitas frecuentes que le hace el espíritu del poeta Fernando Pessoa, recientemente fallecido, y que acude a visitarle desde el cementerio en los momentos más inesperados, entablando con él jugosos diálogos.

«Causó dolorosa impresión en los círculos intelectuales, —escribe Saramago siguiendo los periódicos de la época—, la muerte inesperada de Fernando Pessoa, el poeta de Orfeu, espíritu admirable que cultivaba no sólo la poesía en moldes originales, sino también la crítica inteligente, murió anteayer en silencio, como siempre vivió, pero, como las letras en Portugal no alimentan a nadie, Fernando Pessoa tuvo que buscar empleo en una oficina comercial.»

En la primera aparición de Pessoa a Ricardo Reis, éste pregunta con sorpresa: «Dígame, cómo supo que yo estaba alojado en este hotel». La respuesta no se hizo esperar: «Cuando uno está muerto lo sabe todo, es una de nuestras ventajas». Y una nueva pregunta: «Y entrar, cómo pudo entrar en mi cuarto». Y de nuevo, una inmediata respuesta: «Los muertos se sirven de los caminos de los vivos, y, además, no hay otros».

¿Por qué esta sombra constante de Pessoa en la vida de Ricardo Reis? «Pienso que Pessoa es, —dice Saramago—, en materia de psicología colectiva, más revelador de la realidad profunda del hombre portugués de lo que se supone habitualmente, y, por esta razón, creo que la importancia de Fernando Pessoa en la vida política y cultural de mi país no es sólo mayor, sino también distinta de la que se dice».

Para Saramago, Pessoa es fiel retrato del hombre portugués, con sus contradicciones, su misticismo mórbido, su pasiva espera, que no es esperanza, puesto que ésta es fundamentalmente activa. Todo esto pudo descubrirlo a través de Reis, ya que fue a través de los poemas de Reis como descubrió a Pessoa.

La abulia, la apatía del personaje se presenta como una constante en el libro que comentamos. Cuando Ricardo Reis hace el inventario de sus ambiciones, «comprueba que nada ambiciona, que es contento bastante contemplar el río y los barcos que en él hay, los montes y la paz que hay en ellos, y sin embargo no siente dentro de sí la felicidad, sino el sordo roer de un insecto que le muerde sin parar».

A Ricardo Reis todo le pesa como un abultadísimo fardo: «Se dice que el tiempo no se detiene, que nada para su incesante caminata, y se dice con estas mismas palabras, siempre repetidas, y no obstante no falta quien se impacienta con su lentitud, veinticuatro horas para que pase un día, fíjese, y cuando se llega al final se da uno cuenta de que no ha valido la pena, al día siguiente vuelve a ser igual».

El rumbo necesario

Saramago nos ofrece la imagen de un Ricardo Reis sin rumbo, sin brújula, falto de un perro lazarillo, un bastoncillo, una luz ante él, porque la Lisboa que redescubre es una niebla oscura donde se pierde el Sur, el Norte, el Este y el Oeste, donde el único camino abierto es hacia abajo, si uno se abandona cae al fondo, maniquí sin piernas ni cabeza. «Un hombre no puede andar por ahí sin rumbo, —escribe Saramago—, no sólo los ciegos precisan de bastón tanteando un palmo delante, o de perro que olfatee el peligro. Incluso un hombre con sus dos ojos intactos precisa de una luz que le preceda, aquello en que cree o a que aspira, las propias dudas sirven, a falta de cosa mejor».

La vida adulta de Ricardo Reis fue una continua huida en busca de la estabilidad y la paz política, por eso se fue a vivir al Brasil, y por la misma razón regresó a Lisboa tres lustros después. Pero comprueba con tristeza, que tampoco Portugal es una balsa de aceite, y que de muchas maneras, los conflictos que se están viviendo en la España de 1935, y en Europa y en el mundo entero, repercuten en la vida lusitana. «Ese es el drama, —dice Pessoa en una de sus apariciones—, mi querido Reis, tener que vivir en algún lugar, comprender que no existe lugar que no sea lugar, que la vida no puede ser no vida. (...) Lo peor es que el hombre no pueda estar en el horizonte que ve, aun-

que, si allá estuviese, desearía estar en el horizonte en que está. El barco en el que no vamos es el barco ideal para nuestro viaje».

Pero Saramago no quiere que su Reis abúlico y apático se quede instalado en la desesperanza total, por eso, de vez en cuando, lo hace aparecer también como persona capaz de creer en cierta forma de felicidad, aunque ésta siempre esté teñida de dolor. «No quieto ni inquieto mi ser calmo quiero erguir alto sobre el lugar donde los hombres tienen placer o dolores, —pone en boca de Reis, que se recita uno de sus poemas—, el resto que en medio quedó obedecía a la misma conformidad, casi podía podría prescindirse. La felicidad es un yugo y ser feliz oprime porque es un estado cierto».

El tema de la libertad y el compromiso también aparece en las páginas del presente libro. Ante tan hondo tema, Reis se manifiesta así: «No digamos Mañana haré, porque lo más seguro es que mañana estemos cansados, digamos más bien Pasado mañana, porque siempre tendremos un día de intervalo para cambiar de opinión y de proyectos, pero aún más prudente sería decir, Un día decidiré cuándo será el día de decir pasado mañana, y tal vez ni siquiera sea preciso si la muerte definidora viene antes a liberarnos del compromiso, que eso, sí, es la peor cosa del mundo, el compromiso, libertad que nos negamos a nosotros mismos».

Portugal, España, Europa

Para situar al lector en la realidad que Ricardo Reis encuentra a su regreso a Portugal en 1935, el autor hace un relectura de los periódicos de la época, que con tono descaradamente propagandístico y teledirigido auguran «el hundimiento de los grandes Estados», mientras que, «el nuestro, el portugués, afirmará su extraordinaria fuerza y la inteligencia de los hombres que lo dirigen». «No tardará en llegar el día, —escribe transcribiendo frases de la prensa—, fasto en los anales de esta patria, en el que los hombres de Estado de más allá de las fronteras vengán a estas lusas tierras a pedir opinión, ayuda, ilustración, mano caritativa, aceite para la lamparilla, aquí, a los fortísimos hombres portugueses que a portugueses gobiernan, cuáles son ellos, eso, a partir del próximo gabinete que anda preparándose ya por los despachos, a la cabeza, sobre todos, Oliveira Salazar». Reis pregunta a Pessoa en una de sus apariciones: «Dígame Fernando, quién es, qué es ese Salazar que nos ha caído en suerte. Es el dictador portugués, el protector, el padre, el poder manso, un cuarto de sacristán, un cuarto de sibila, un cuarto de Don Sebastián, un cuarto de Sidonio, lo más adecuado a nuestros hábitos e índole».

El panorama político español también sale a relucir en diferentes ocasiones: «donde la cosa va de mal en peor —comenta uno de los personajes— es en casa de nuestros hermanos, donde anda la familia muy dividida, que si gana Gil Robles, que si gana Largo Caballero, y la Falange que ya ha hecho saber que va a enfrentarse en las calles a la dictadura roja».

Y la realidad europea que se va agitando progresivamente: «por estos días —lee Reis en los papeles— proclamó Churchill que Alemania es hoy la única nación europea que no teme la guerra, por estos días»... Ricardo Reis recibe todas estas informaciones con dejadez, desgana, aburrimiento, porque no le interesa nada de lo que está ocurriendo

en el mundo que le ha tocado vivir. Así transcurre el último año de su vida. Así es el año de su muerte.

Un gran novelista

José Saramago ha pasado a ser en poco tiempo un gran representante de los nuevos novelistas portugueses. En la actualidad tienen 62 años, y su salto a la fama lo ha dado en los últimos cinco, con la publicación de tres novelas: *Levantados do chao*, publicada en 1980; *Memorial do convento*, publicada en 1983, que ha sido ya traducida a 16 idiomas, y *El año de la muerte de Ricardo Reis*, recientemente publicada en España.

Saramago prepara una nueva novela, que según él cuenta «tiene como punto de partida una convicción que provocará reacciones, pero que siento profundamente: la Península Ibérica no es Europa, no tiene nada que ver con ella, y siglos y siglos de relaciones históricas y de proximidad geográfica no bastan para justificar la integración europea. No quiero enfrentar a los geoestrategas, ni escribir un ensayo sociológico, histórico o político: apenas expresar, en forma de novela, una convicción muy personal, al margen de todas las consideraciones ideológicas. Ficción pura, situada en una época cualquiera, al contrario de mis anteriores novelas, que coloqué deliberadamente en el pasado».

«Quiero afirmar nuestro derecho, —añade José Saramago al hablar de su próximo libro y su intencionalidad—, de españoles y portugueses, a la diferencia. Espero que mi libro provoque reacciones a nivel peninsular».

El año de la muerte de Ricardo Reis, sin duda, puede calificarse de una muy buena novela. Con gusto esperamos, por tanto, la siguiente.

Isabel de Armas

Gerald Brenan y España: un reencuentro en dos tiempos

En los últimos años, Gerald Brenan, el viejo escritor nacido en Malta en 1894, ha empezado por fin a ser una figura popular entre los españoles, alcanzando una resonancia que es a la vez merecida y lógica. No en vano ha vivido largos años entre nosotros, dedicando a temas y problemas españoles el mayor y más abundante caudal de sus esfuerzos, pudiendo decirse que la reputación —acaso no tan grande como aquí